



La primera Misa en América.

SEGUNDA SERIE. — 1838

AÑO XVI. 32.

LA PRIMERA MISA EN AMÉRICA.

La intervencion de una ceremonia religiosa en el acto por el que el pueblo se apropia un territorio, tiene siempre gran importancia en la historia, y comprueba la civilizacion de aquel pueblo. El vínculo religioso es ciertamente el mas fuerte de los que mantienen á los hombres en sociedad. Ninguna nacion ha formado un todo poderoso y duradero sin la comunidad de las creencias. Cuanto mas sencillas, cuanto mas puras son estas y conforme á los destinos humanos, y propias para desarrollar los instintos civilizados, mas vigor y coherencia tienen sus elementos nacionales.

Si los pueblos cristianos han concluido por constituirse mas enérgicamente que los demas, y si tienden á dominar el mundo, lo deben principalmente á la superioridad que tienen por su principio religioso.

Colocándose en un punto de vista propiamente histórico, no se puede negar que la aptitud para formular las reglas morales y las aspiraciones humanas en un sistema completo que se traduce por símbolos á los ojos, nos indica el carácter de una raza particular, propia para asociarse y reglamentar sus instintos, es decir, para formar una nacion. Sin una fé aceptada y formulada de un modo visible por medio de un culto, los hombres permanecerian siempre extraños los unos á los otros en medio de sus mas íntimas necesidades. Los cuerpos y las almas están unidos: que las almas permanezcan separadas, y sin ellas no es duradera ninguna alianza.

Puede comprobarse lo que acabamos de decir en las tribus salvajes de la América, y en las poblaciones negras de África. La ausencia de una religion terminante, la intervencion del capricho individual en todos los actos y creencias, han impedido en todas partes que se formase el vínculo social. Hay asociaciones imperfectas de intereses, de pasiones, de tradiciones históricas; empero no hay verdaderamente una nacion.

Mas contemplad la actitud de esos indios que presentamos en nuestro grabado, que escuchan la misa dicha por primera vez sobre esta tierra! Otro pueblo civilizado, cualquiera que fuese su creencia, comprenderia la gravedad del acto que se está verificando, en tanto que estos ni aun participan de la curiosidad: para ellos no tiene ningun sentido la ceremonia; aguardan su fin, sin tratar de comprenderla.

Mas tarde, cuando hayan pisado el suelo de la América los misioneros, cuando se hayan esforzado en iluminar la mente y destruir la ignorancia de aquella raza, cuando la hayan enseñado las verdades fundamentales del cristianismo, los indios retendrán cuanto les hayan dicho; se someterán en apariencia á la regla cristiana; empero, que llegue una ocasion, y vereis á aquellos convertidos de la víspera volver á caer en su estado salvaje. Diríase que algo les falta para entrar á fondo en aquella esfera de ideas que ha creado el mundo moderno, y que lo conduce hácia el porvenir.

El hecho con tanta felicidad representado en el cuadro de Faramon Blanchard, cuya copia presentamos hoy á nuestros lectores del Museo, se refiere al segundo viaje de Cris-

tóbal Colon. Parece que no habia llevado eclesiásticos en su primera expedicion. El famoso piloto genovés abordó á Cuba, é hizo celebrar un oficio divino en el sitio que una tradicion popular designa aun. Este solemne acto se verificó sobre uno de los paseos actuales de la Habana, en el mismo sitio donde despues se ha levantado una capilla votiva.

Los trages que Mr. Faramon Blanchard ha dado á sus marineros todavia se usan en España. El uno es el traje valenciano, cuya sencillez grave prueba la antigüedad, y que aun llevan los moros del otro lado del estrecho de Gibraltar. En este traje, la manta encarnada con rayitas revela evidentemente su origen árabe: en cuanto al chaleco de piel sin mangas, se encuentra en todas las comarcas donde han dominado los romanos.

Este cuadro que ha permanecido en el Museo de París durante la esposicion pública del año de 1851, se encuentra hoy en el Museo de Dijon.

FACUNDO MIGUEZ.

VIAGES RELIGIOSOS.

EL MONTE SINAI

Empezaremos estos artículos dirigiendo una ojeada á algunos de esos antiguos montes de Oriente, consagrados en un principio por memorables sucesos, y que otros grandes recuerdos han hecho despues mas venerables, mas sagrados todavia. Aproximémonos á ellos con un piadoso respeto: ellos fueron por largo tiempo la mansion de los santos.

Siempre parece que el hombre ha tenido aficion á los lugares altos para entregarse en ellos á la vida solitaria y penitente. Desde que el Salvador de los hombres eligió el monte Calvario para teatro de su cruento sacrificio, el cristiano, á su ejemplo, eligió con preferencia las elevadas cimas, ó la inmediacion de las montañas, para teatro de su vida penitente y de su sacrificio voluntario. ¿Por qué nos ha de causar admiracion? El aire de las montañas, ¿no es mas suave, mas puro que el de las ciudades ó de los llanos que las rodean? ¿No parece que estamos mas próximos al cielo y á los ángeles, y que el dia supremo será el tránsito menos largo, menos difícil, desde esas cimas á la divina mansion? Así no tardaremos en ver al patriarca de los monges de Occidente establecer sobre el monte Casino, bajo el hermoso cielo de Nápoles, el asiento de su orden. En tanto, evocamos algunos de los recuerdos de los monges de Oriente, y antes de dirigir nuestras miradas á los solitarios de la Tebaida, contemplemos un momento á los religiosos del monte Sinai, del monte Carmelo y del monte Thabor.

El Sinai ó Sina, es, como se sabe, la altísima montaña de Arabia, sobre la que Dios se apareció á Moisés durante cuarenta días, y le dió su ley. Elevase en la península que avanza en medio del mar Rojo, entre los dos golfos de Suez y de Akaba, al Nordeste del monte Horeb, donde Moisés vió á Dios en una zarza ardiendo, y en donde hizo brotar agua de una roca. El Sinai tiene dos cimas, de las cuales la principal, llamada hoy Santa Catalina, tiene mas de dos mil ochocientos metros de elevacion. A escepcion del Gólgota

ó monte del Calvario, ninguna otra montaña del mundo es mas venerable, mas santa! Los mismos musulmanes la tienen tambien en gran veneracion, y la llaman *Gabel-Moussa* ó montaña de Moisés.

Desde los primeros siglos de la Iglesia, el monte Sinaí ha sido la mansion de piadosos solitarios. Mientras un gran número de cristianos, huyendo de los peligros de una sociedad corrompida, se internaba en los desiertos de la Tebaida y del Egipto, otros acudían á aquella montaña á buscar la paz y la seguridad de su salvacion. En el tercero ó cuarto siglo, vense solitarios que habitan en las grutas del monte Sinaí ó del desierto de Raite que está á corta distancia. Bajo el reinado del emperador Diocleciano, es decir, antes del año 305, los bárbaros arrasaron las celdas de aquellos santos ermitaños del Sinaí, y asesinaron á muchos de ellos. Su modo de vivir y sus virtudes hubieran permanecido ignoradas, si refiriendo su muerte no hubiese habido ocasion de hablar de ellos. Los fundadores de la ermita del Sina fueron, segun se cree, algunos monges llegados de Egipto, donde florecia la órden monástica desde el siglo III. La Iglesia honra (el 14 de enero) la memoria de cuarenta ermitaños del monte Sinaí, martirizados por los árabes, el año 373. En el número de esos ermitaños estaban San Isaías y San Sabas. Hé aqui como refiere su historia un piadoso escritor:

«Por aquella época, había allí santos anacoretas que vivían en el monte Sinaí y sus inmediaciones. Estos siervos de Dios, aunque revestidos de un cuerpo mortal y corruptible, vivían mas bien como ángeles que como hombres. Estaban todos pálidos y demacrados por la abstinencia. No solo se habían prohibido el uso del vino y del aceite, sino que ni aun comían pan; todo su alimento era algunos dátiles, ó fruto de la palmera. Solo había pan en la celda de su superior para dar á los peregrinos con quienes ejercían la hospitalidad. Pasaban toda la semana en silencio. Desde la prima hora del domingo, se dirigían á la iglesia; allí cantaban las oraciones de la noche; asistían por la mañana al sacrificio de la misa, y despues de haber comulgado, se volvían á sus celdas. Algunos habitaban cerca de una torre, que se había elevado en la montaña para servir de asilo y lugar de refugio durante las correrías de los bárbaros. La tranquilidad de estos santos solitarios fué turbada por una banda de sarracenos que fueron á saquear su ermita. Los infieles mataron á doce religiosos en el monasterio de Gethrabbí, y otros muchos en diversos lugares. Mas cuando avanzaban hácia lo alto de la montaña, salió de ella una milagrosa llama que les causó espanto y los puso en fuga. El abad Dulas y otros solitarios que se habían retirado á la torre, despues de haber dado gracias á Dios por una proteccion tan visible, fueron á visitar las celdas entradas á saco. En ellas encontraron treinta y ocho religiosos muertos, y solo dos llamados Isaia y Sabas, estaban heridos. Isaia espiró poco despues. Sabas, muy lejos de desear su curacion, rogaba á Dios le uniese á los demas con una muerte feliz, á fin de llenar el número de cuarenta, y su súplica fué oída.» (1)

Aquel mismo año, los blermuyens, pueblo bárbaro de Etiopía, asesinaron tambien á muchos solitarios del desierto de Raite, situado cerca del mar Rojo, á dos jornadas del

camino del Sinaí. Todos estos solitarios vivían igualmente de dátiles y otras frutas silvestres. Se ocupaban en hacer cestas en sus celdas, bastante lejanas unas de otras; se reunían en la iglesia el domingo, para asistir á la celebracion de los divinos misterios y recibir la Santa Eucaristía. Los santos mártires de Raite son honrados el mismo día que los del Sinaí.

Pero volvamos á este sagrado monte. La Iglesia honra aun la memoria de otros solitarios á quienes los sarracenos asesinaron allí en el siglo V. Entre ellos se encontraba un niño de catorce años, modelo ya acabado de perfeccion evangélica. Habiéndole amenazado los bárbaros con matarle, si no descubria el lugar donde estaban ocultos los solitarios: «La muerte no tiene nada de espantoso para mí, respondió, mejor quiero perder la vida, que conservarla entregando cobardemente á mis padres.» Como le dijese en seguida que se quitase sus hábitos: «Vosotros me despojareis de ellos, repitió el niño, cuando me hayais dado muerte. Concededme, por compasion, morir vestido, á fin de que no tenga la vergüenza de ver mi desnudez.» Los sarracenos, coléricos con su respuesta, le asesinaron inhumanamente, y el bienaventurado niño voló hácia los ángeles, de cuya gloria era digno de participar.

San Nilo, en otro tiempo gobernador de Constantinopla, que vivía entonces en este desierto con su hijo Teodulo, nos ha dejado la historia de esos santos solitarios sus contemporáneos.

San Nilo, anacoreta del monte Sinaí, es un padre de la Iglesia, célebre por sus escritos; su misma historia es singularmente tierna: cedemos al placer de recordarla. Cuando se recorre la vida de esos antiguos padres del desierto, se apodera á veces del alma una penosa idea, en medio de tantas pinturas graciosas ó sublimes que ofrecen esos remotos recuerdos. A los hombres del mundo nos parece que esos religiosos austeros, tan duros para consigo mismos, se despojaron demasiado por completo de los mas dulces sentimientos de la naturaleza. Su total renuncia de las afecciones terrestres, nos espanta. En una palabra, los amariamos mas, si hubiesen sido mas frecuentemente hombres, y se hubieran aproximado mas á nosotros. Pues bien, hé aquí una historia donde al menos descansan nuestras miradas mostrándonos la santidad mas humilde unida en un mismo corazon al mas vivo amor paternal.

Nilo, á quien se cree originario de Ancira, en Galatia, había recibido una excelente educacion, como lo prueban sus escritos; pero habían tenido mas cuidado de formarle en las virtudes que en las ciencias. El esplendor de su familia y sus grandes cualidades le elevaron al cargo de gobernador ó prefecto de Constantinopla. Esposo feliz, padre de dos niños, ¿qué mas podía desear? El amor paternal y conyugal, su dignidad, sus riquezas, sus amigos, todo parecia ligarle á la sociedad; nadie parecia menos dispuesto que él á abrazar el estado religioso. No obstante, un dia, tocado de la gracia, se le vió romper todos esos lazos. El espectáculo de los vicios que imperaban en la corte de Arcadio alarmaba la conciencia del virtuoso gobernador; temia participar de la corrupcion general, y para librarse de este peligro, huyó al desierto con su hijo Teodulo. Su muger, á quien amaba tiernamente, y de quien era tambien tiernamente amado, había consentido en aquella se-

(1) BULTEAU, Ensayo sobre la historia monástica de Oriente.

paracion pasagera, á fin de encontrarse el uno y el otro con mas seguridad en el cielo. San Nilo la habia dejado para consuelo en la tierra á su hija, recomendándola su educacion en la virtud (por el año 390.)

Este varon noble, despues de haber sido por algun tiempo discípulo de San Crisóstomo, eligió para su retiro el monte Sinaí. Fué allí con su hijo á aumentar el número de los ermitaños que como nos lo dice él mismo, servian á Dios de un modo muy perfecto. Cavernas que la naturaleza parecia haberles preparado, ó celdas que se habian construido, constituian sus habitaciones: se alimentaban generalmente con frutas ó yerbas; algunos no comian mas que una vez á la semana, otros dos veces y algunos un día sí y otro no. Estaban ligados por una sincera caridad, que no daba entrada á la envidia. Los mas perfectos no se elevaban sobre los demas; su virtud, á sus ojos, no venia de ellos mismos, como de su principio; sino que se miraban mas bien como instrumentos que obraban por el impulso y la eficacia de la gracia divina. Los monges avanzados en el camino del cielo, no atribuian á su vez su imperfeccion á la debilidad de su cuerpo, sino á su descuido y abandono. De este modo todos tenian un exacto sentimiento de sí mismos; y aquellos huéspedes de una montaña honrada en otro tiempo con la presencia de Moisés y de Elias, se esforzaban por imitar la humildad y demas virtudes de aquellos grandes hombres.

San Nilo y su hijo Teodulo vivian, pues, en medio de aquellas santas ermitas practicando juntos los ejercicios mas perfectos de la vida monástica. El padre empleaba sus ocios en la composicion de diversas obras, que han llegado hasta nosotros, como un monumento precioso de su eminente virtud y raros talentos (1). Frecuentemente iban á consultar á su celda al siervo de Dios. Sus cartas descubren en él un maestro consumado en la moral del Evangelio y en las máximas de la vida interior. Se distingue sobre todo en sus lecciones ese grande arte de las comparaciones, que las hace fácilmente saborear y comprender.

«Un monge, dice, que no está encerrado en su celda, puede compararse á una rama seca plantada en un desierto, que no pudiendo echar raices, jamás producirá frutos.—En cuanto á aquellos cuya vanagloria es el móvil, puede comparárseles á una línea hecha en el agua y que desaparece rápidamente, ó á un bolsillo roto que no conserva nada de lo que en él se echa.—La vanagloria es como una roca oculta en las olas; si vamos á encallar en ella, desaparecen todas nuestras virtudes.—Cuando se está sujeto á ese vicio, añade el santo anacoreta, se desea orar en público; pero cuando se le ha vencido, se ora con mas voluntad y gusto en secreto. Un insensato hace ver, sus tesoros, y con eso escita la codicia de los ladrones.—Tened cuidado de ocultar las riquezas que poseéis, hasta que hayais llegado al término, porque el camino por donde marchais está poblado de bandidos. De ese modo podreis gozar de ellas con seguridad.....» El santo, exhortando á un novicio á no descuidar las pequeñas reglas, le decia: «Esas pequeñas leyes son como un seto que separa al demonio, y que pone

á cubierto de los lazos de esa astuta y peligrosa serpiente.»

Las hordas de sarracenos de que hablamos antes, dejaron en libertad á San Nilo, pero se llevaron cautivo á su hijo Teodulo, con otros prisioneros. ¡Oh! ¡quién pintará el dolor del infortunado padre!... ¡Qué afrentoso destino amenazaba á aquel hijo querido! ¡Ay! iba á ser sacrificado á la estrella de la mañana, divinidad á la que inmolaban aquellos bárbaros los niños ó jóvenes mas hermosos que podian encontrar. Habian asociado á la suerte de Teodulo á un joven cautivo, esclavo de un oficial asesinado.

Debiendo pues, verificarse el sacrificio al rayar el día, prepararon desde el anochecer un altar, una espada, incienso, redomas y líquidos, para las abluciones de costumbre. Mas uno de sus prisioneros, que entendia el idioma del país, comprendió el designio de los sarracenos; el joven esclavo, advertido por él, previno á su vez é inmediatamente á Teodulo: «No volveremos á ver el sol, le dijo, si no huimos del campo de los enemigos á favor de la noche; ¿para qué deliberar? Si no lo consiguiésemos, ¿tenemos que temer una suerte peor que la de sufrir una muerte á la que estamos ya destinados?»

Teodulo rehusó seguir á su compañero, y resolvió entregarse á la Providencia. Entonces el joven esclavo pegándose á la tierra como una anguila, dice un antiguo historiador, salió solo del campo, y despues de haber corrido á través del desierto, llegó felizmente al Sinaí, en donde notició á San Nilo el estremo peligro que amenazaba á su hijo.

El desventurado padre, cayendo de rodillas, imploró al punto de la bondad divina no permitiese que su querido Teodulo, sirviese de víctima para impíos sacrificios. Pasó la noche toda entera en oracion: sus votos fueron oídos, los bárbaros, ébrios, no se levantaron hasta despues de salir el sol. Viendo entonces la hora de la ceremonia pasada y contando una víctima de menos, se conmovieron y renunciaron á su atroz designio. Lejos de maltratar á Teodulo, le demostraron por el contrario alguna bondad. Le ofrecieron para comer manjares prohibidos, y le instaron para que fuese á ver las mugeres que iban en su comitiva. Mas el virtuoso joven, declarándoles en alta voz que no podia obedecerlos, permaneció firme en su deber. Libre de aquel doble peligro del alma y del cuerpo, Teodulo corrió uno nuevo. Los bárbaros le espusieron á la venta á la puerta de una aldea; una espada desnuda colocada sobre su cuello significaba que si no le compraba nadie en el precio en que se estimaba, se le cortaria la cabeza. El joven cautivo imploraba la piedad de los transeuntes; mas ningún comprador se presentaba. Al fin se encontró uno que teniendo compasion, trató de su rescate con los bárbaros; le llevó y en seguida le entregó al obispo de Elema.

En tanto, San Nilo ignoraba el destino de su hijo. Aunque le creyese muerto, todavia quedaba un resto de esperanza en el fondo de su corazon paternal. Habiendo enviado mensajeros la ciudad de Faran cerca de Aman, rey de los sarracenos, para pedir satisfaccion por los estragos cometidos en el Sinaí, el infortunado padre se unió á la embajada, á fin de ir en busca de Teodulo. En el camino, le entregaron cartas en que le noticiaron la nueva feliz. Su hijo vivia, pues, aun, estaba en Elema. ¡Imagínese la alegría del santo! Pero estaba entonces tan pobre, como él mismo lo dice, que nada pudo dar al portador de aquellas cartas. Palabras corteses y buenos deseos fueron los únicos testimo-

(1) Estas obras son, entre otras, un *Tratado de la vida monástica*; un *Tratado de la oracion*; *De la preferencia que se debe á la vida eremítica*; *Tratado sobre los ocho espíritus de malicia*; *Tratado sobre los malos pensamientos*; un gran número de *Cartas*, muchas de las cuales son interesantes.

nios de su reconocimiento. Pocos días despues, llegaba San Nilo á Elema, y estrechaba lleno de júbilo entre sus brazos á su querido Teodulo. El obispo de la ciudad, que habia rescatado al jóven, feliz por su parte en devolverle á su padre, les suplicó permaneciesen algun tiempo con él. Descubriendo al punto en los dos un eminente mérito, les animó á recibir el sacerdocio. San Nilo tenia entonces próximamente cincuenta años. Murió de edad muy avanzada, bajo el reinado del emperador Marciano. Se ignora el año y las circunstancias de su bienaventurada muerte, así como la de San Teodulo. Las reliquias de San Nilo fueron trasladadas del monte Sinaí á Constantinopla, en el reinado de Justino el Jóven, y depositadas en la iglesia de los Apóstoles.

Algunos autores, apoyándose en la autoridad de ciertos manuscritos griegos, refieren que la muger y la hija del santo anacoreta se retiraron á su vez á un gran monasterio de jóvenes en Egipto. La piadosa esposa de San Nilo y la jóven hermana de San Teodulo, sin duda no habian podido resistir á un ejemplo tal de desprecio de las grandezas. No pudiendo seguir al monte Sinaí á un esposo y á un hermano tiernamente amados, aquellas dos mugeres cristianas se habian aproximado al menos á su soledad, y á fin de volverlos á ver un día en el cielo, imitaban en la tierra su penitencia y sus virtudes.

¿Cuántas otras historias no encontraríamos aun en los antiguos recuerdos del Sinaí! pero es necesario ser breves... La emperatriz Santa Elena, que dotó los Santos Lugares con tantos monumentos de su piedad, hizo edificar el primer monasterio sobre este monte. Mas tarde, el emperador Justiniano hizo construir allí á su vez una bonita iglesia, bajo la invocacion de la Santa Virgen, con un monasterio. El mismo príncipe hizo edificar sobre el monte Sinaí, un fuerte donde puso una guarnicion, tanto para la seguridad de los religiosos como para detener las correrías de los sarracenos, é impedirles extenderse por la Palestina. El monasterio del Sinaí es justamente célebre por ser la mansion de un sagrado depósito, que, segun la tradicion, fué trasportado milagrosamente sobre aquel monte por los ángeles; es este el cuerpo de Santa Catalina, vírgen y mártir de Alejandría. Si Dios lo ha querido así para honrar á su ilustre santa, ¿por qué no respetaremos nosotros esta creencia? Mas acaso, como se ha hecho observar, los mismos monges del Sinaí fueron esos ángeles, cuyas piadosas manos llevaron á su monasterio el cuerpo de la santa, para enriquecerle con tan precioso tesoro. Se ha designado frecuentemente el hábito monástico como un hábito angélico, y en otro tiempo los monges eran llamados ángeles, á causa de la santidad de sus funciones enteramente celestes. Por lo demas, cualquiera que sea la manera como fué llevado el cuerpo virginal, se le conserva todavía en la iglesia del monasterio. Cuando en el siglo XI Simon, monge del Sinaí, vino á Rouen para recibir la limosna anual de Ricardo, duque de Normandía, trajo consigo una porcion de reliquias de Santa Catalina, y la antigua ciudad normanda se enriqueció á su vez con este tesoro sagrado.

San Juan Climaco, autor de la *Escala Santa* (1), es una de las principales celebridades del Sinaí. Apenas de edad de diez y seis años, se retiró á aquella montaña, y despues de

haber pasado en ella cerca de sesenta en la soledad, fué elegido hácia el año 600, por unanimidad, abad del monte Sinaí, y superior general de todos los monges y anacoretas del país. Por aquella época, una gran sequía, que fué seguida del hambre, afligia todo el país, y los habitantes de la Palestina y de la Arabia se dirigieron á Juan, como á otro Elías, para implorar su intercesion cerca de Dios. El santo oró, y obtuvo para aquellos pobres pueblos una lluvia abundante, que devolvió la fertilidad á sus tierras. Por el mismo tiempo le escribía el papa San Gregorio Magno para recomendarse á sus oraciones, y le enviaba dinero para sostener y amueblar el hospicio fundado para los peregrinos, cerca del monte Sinaí.

A peticion de Juan, abad del monasterio de Raite, cerca del mar Rojo, el abad del Sinaí dió una recopilacion de las reglas cuya observancia le parecia deber conducir las almas fervorosas á una alta perfeccion. Este excelente libro está escrito en forma de sentencias, que presentan una gran profundidad en pocas palabras; se intitula *Climax* ó *Escala*, porque el alma se eleva en él, de escalon en escalon, hasta la cima de las virtudes. Es una escala santa para subir al cielo, dirigida por el modelo de la que Jacob vió en otro tiempo en sueños. Se compone de treinta gradas ó escalones, en honor de los treinta años de la vida retirada de Jesucristo. Es la imágen de la vida del verdadero cristiano que está retirado en Jesucristo, segun el lenguaje de San Pablo. Se encuentra en este tratado espiritual una admirable uncion y un tono de humildad que ganan la confianza del lector. Pero el principal mérito de esta obra se encuentra en la nobleza y elevacion de los sentimientos, unidos á una perfecta descripcion de todas las virtudes. El autor, no limitándose á los simples preceptos, los hace palpables con ejemplos, y entre ellos eligió especialmente aquellos en que brilla el amor de la obediencia y de la penitencia. No citaremos mas que uno.

Un ciudadano de Alejandría, llamado Isidoro, habiendo ejercido los primeros cargos de la ciudad, se presentó un día á la puerta de un gran monasterio de Egipto. Pedia ser recibido en él: «Padre mio, dijo al abad, soy en vuestras manos lo que el hierro en las manos del herrero.» El abad le cogió la palabra, y viendo su aire altivo, resolvió experimentarle: «Os mando, respondió, que os esteis á la puerta, y os arrojeis á los pies de todos los que veais, diciéndoles: tened la caridad de orar por mí, porque padezco de epilepsia (1).»

Siete años se pasaron de esta suerte. La paciencia del novicio no se desmintió. Visitando San Juan Climaco este monasterio, y viendo á Isidoro, cuya historia sabia, le preguntó cuáles habian sido sus sentimientos durante tan larga prueba: «El primer año, le dijo aquel modelo de religiosos, me miré como un esclavo condenado por sus pecados, y he sostenido rudos combates; el segundo he estado tranquilo y lleno de confianza en la bondad de Dios; en el tercero, he sufrido las humillaciones con alegría.» El santo penitente adquirió así tal grado de virtud, que el abad del monasterio resolvió, no solo recibirle, sino aun ordenarle sacerdote. Pero Isidoro, que habia contraído una especie de hábito de humildad, le suplicó le dejase en el mismo lugar el resto

(1) *Climax* en griego significa *Escala*.

(1) *Ora pro me, pater, quia epilepticus sum.* (San Juan Climaco.)

de su vida, y obtuvo esta gracia. Diez días después le separó Dios del mundo para elevarle á la gloria, siguiendo las palabras del Evangelio: *Aquel que se abatiere será elevado.*

No nos admiremos de estas estrañas relaciones. Podríamos oírlas mucho mas estrañas todavía, en esas soledades del Egipto, habitadas en otro tiempo por ángeles. ¿De qué serviría ponerlas en duda? Allí está la historia para atestiguar la verdad. Vale mas reconocer el poder de la voluntad del hombre que, sostenido por la gracia, ofrece á las veces una débil imagen de la omnipotencia de Dios.

El monte Sinaí es visitado aun hoy por numerosos peregrinos. En pos de uno de estos, hagamos nosotros mismos al terminar este primer artículo, una piadosa peregrinación á aquella santa montaña, perfumada con tantos y tan augustos recuerdos.

«.....El 22 de febrero (1833), diez después de nuestra partida del Cairo, descubrimos, á la una y media, el monte Sinaí, objeto de mi peregrinación. Eché pie á tierra, y adoré al Dios que habló á Moisés en medio de los estampidos del trueno. Estaba yo profundamente conmovido, mis miradas no podían apartarse de aquella sagrada cima, cuna de la religion. Distaba de él unas seis leguas, y como era imposible llegar en la jornada, mandé hacer alto temprano, y la tienda se levantó, segun mi cálculo, cerca del desierto de Sin, donde Dios envió una lluvia de codornices á los hebreos, é hizo llover el maná. Pasé una parte de la noche leyendo el Exodo. El 24 nos pusimos en camino al anochecer: los árabes, por acortar dos leguas la jornada, me hicieron tomar un camino de atajo. Este camino es tan malo como el de Rama á Jerusalem: las piedras habian reemplazado á la arena. A las tres horas de marcha, nos internamos en un desfiladero entre dos montañas, desfiladero tan pendiente, que hubiera sido preciso renunciar á trepar por él de otro modo que á pié, si no hubiese tenido tan buen dromedario. Enormes trozos de granito se habian desprendido de las rocas inmediatas y habian caído en el desfiladero, al paso que otros parecían suspendidos en el aire, y amenazaban á cada momento desplomarse sobre nuestras cabezas. Aquella comarca parecia haber experimentado un temblor de tierra. A las dos horas desembocamos en una gran llanura que se prolonga en suave pendiente á la distancia de media legua. Al estremo de esta llanura hay un estrecho valle, en cuyo centro se encuentra el monasterio de la Transfiguración, y no de Santa Catalina, como han creído tantos viajeros.

»Este monasterio está habitado por frailes cismáticos; está elevado cinco mil cuatrocientos veinte pies sobre el nivel del mar Rojo; está edificado cerca del monte Sinaí, que está á su vez dos mil veinte pies sobre el convento. Este monasterio semeja desde lejos á una iglesia pequeña; el muro exterior forma un cuadrilátero. Apenas llegué, aparecieron los religiosos en una especie de claraboya ó bohardilla muy elevada, desde la que echaron una cuerda terminada en un anillo tambien de cuerda, y me hicieron señal de que me sentara. Así me elevaron hasta treinta y cinco ó cuarenta pies de altura, cogiéndome en seguida y atrayéndome á aquella mísera claraboya, que es la entrada del convento; si soltasen la cuerda ó si se rompiese, caería uno precipitado sobre piedras. Hay una puerta, es verdad, pero está tapiada, y no se abre mas que para recibir al patriarca, cuando va á visitar el convento. Fui recibido por toda la comu-

nidad, que hacia tres semanas estaba advertida de mi llegada. Me designaron una habitación donde se encontraba una imagen de la Santísima Virgen, ante la que ardía una lámpara..... Los religiosos del monte Sinaí observan una vida muy austera, no comen carne y beben muy poco vino. Sus provisiones, que consisten en habas y arroz, las reciben del Cairo, donde tienen un monasterio del que dependen. Se les envía aunque rara vez, algo de pescado.

»El 28 fué cuando ascendí por la santa montaña, que los árabes llaman Gebel-Moussa ó montaña de Moisés. Un religioso del monasterio me acompañaba con el genízaro y un árabe. La subida, que comienza próximamente á los cuatrocientos pasos del monasterio, es estremadamente rápida. El camino no presenta mas que piedras y rocas; es preciso además luchar contra la nieve. Al cabo de una hora estaba rendido y bañado en sudor. Necesitaba toda mi resolución para superar todos los obstáculos. El aspecto de todo lo que me rodeaba tenia un carácter particular; nada de verdor, por todas partes trozos de granito, hielo y nieve; todo está allí en calma; ningún ruido mas que el de las piedras que nuestros pies hacían rodar al abismo. A la mitad del camino se encuentra una capilla dedicada á Elías; véase allí una gruta, la cual pretenden ser donde fijó su morada, después de haber caminado cuarenta días y cuarenta noches. Delante hay un ciprés muy bello, que causa admiración encontrarlo en medio de aquellas rocas; descansé allí un momento. El camino era siempre el mismo, y la nieve tan profunda algunas veces, que era preciso separarla en algunos sitios. Al fin descubrí la cima, y redoblé el paso con un vivo sentimiento de entusiasmo. No tardé en hallarme en lo alto, y olvidando el mundo entero, adoré al Eterno con la frente humillada hasta el polvo. Habíamos empleado cuatro horas en subir al monte Sinaí, para lo que comunmente emplea un árabe dos horas.

»Permanecí casi tres horas en la cima, considerando sobre todo la abertura en la roca, donde dicho está, en el capítulo XXXIII del Exodo, que Dios colocó á Moisés, cuando su divino resplandor se dejó ver allí. Viendo el lugar mismo, es imposible no sentirse penetrado de respeto. Las ruinas de una iglesia que tenia el título de la Transfiguración, han elevado el terreno de la abertura; entré allí no obstante, y permanecí bastante tiempo. Véase todavía sobre el monte Sinaí las ruinas de una iglesia; tambien hay allí una mezquita, porque Moisés es tenido en gran veneración entre los turcos. Bajo aquella mezquita hay una cueva, que mira la tradición como un lugar donde Moisés pasó cuarenta días. El granito de la roca donde se encuentra la abertura es tan duro, que no pude conseguir sino con gran trabajo desprender algunos pedacitos, á pesar de ayudarme los que me acompañaban.

»Frente al monte Sinaí está el monte de Santa Catalina, que es muy escarpado, y mil pies mas elevado. Hay allí de notable una roca donde se pretende que el cuerpo de la virgen ha dejado su huella. La nieve nos impidió ir allá. Se aproximaba el momento de mi partida, y sin embargo, no podía resolverme á dejar aquella cima sagrada donde se hizo oír la voz del Altísimo. Todo inspira allí la idea de Dios, y este lugar es, con el Calvario, una especie de templo elevado á la gloria del Todopoderoso. Era preciso partir, y queriendo antes recitar los preceptos de las Tablas de la ley, con la cabeza descubierta, la mano puesta sobre mi cora-

zon y los ojos fijos en el cielo, dije en voz alta estas palabras de la tabla: Yo soy el Señor tu Dios..... Ningun ruido interrumpió mi voz, que se prolongó á través de las rocas por aquella profunda soledad. La naturaleza entera parecia escuchar en silencio los oráculos de su divino autor.....

»Tres horas despues estaba de vuelta en el monasterio, preparándome á nuevas correrías.»

EL CONDE DE FABRAQUER.

PESCA EN BAJA MAR.

Entre las diferentes maneras de pescar que hay en las playas, hay la de baja mar que no deja de tener interés, aunque sea menos conocida que las pescas de red ó caña.

En cierta época del año, la mar se retira á mas gran distancia que de costumbre, y deja descubierto el espacio ordinariamente sepultado bajo sus olas. En el momento en que el mar empieza á bajar, los pescadores de circunstancias, es decir, los aldeanos de la vecindad, se ponen en la playa y siguen en su retirada al húmedo elemento que parece huir delante de ellos.

El equipo de estos improvisados pescadores es de lo mas sencillo, consistiendo en sus vestidos ordinarios levantándose los pantalones ó las faldas las mugeres hasta por encima de la rodilla. En cuanto á los utensilios de pesca, los mejor armados llevan pequeños tridentes con puño como el de un baston de cinco á seis pies de largo. Otros llevan una especie de manga ó red, semejante á las que se usan para coger mariposas, pero mas grandes y sólidas, y sobre todo mas hondas.

Los tridentes sirven para pinchar los pescados que imprudentemente se han quedado en seco: con el mango se levantan las rocas, bajo de las que se ocultan las langostas y las anguilas, y la manga ó red para coger los langostines y algunos cangrejos.

Todo el mundo no es bastante feliz para poseer estos utensilios; pero cualquiera pescador los arma con un palo ó un hierro, y hasta los tenedores de la mesa sirven para sacar las anguilas. Una bandada de niños acompaña casi siempre á los pescadores de baja mar, y van dando vueltas alrededor de los espedicionarios buscando las conchas, los caracoles y mariscos, y comiéndose algunos de estos á título de recompensa del trabajo que emplean.

Es raro que se encuentren buenos pescados en estas exploraciones, pero los que van no vuelven jamás con las manos vacías. Los salmonetes, los perros de mar y las langostas, son los que suministran los incidentes dramáticos y cómicos de esta pesca.

El perro de mar tiene la piel rugosa y los dientes acorados, de manera que hace experimentar bastante sensación á los torpes que los cogen sin precaucion. En cuanto á las langostas, metidas en el fondo de una escavacion en la roca, y puestas las garras delante en forma de fortificacion avanzada, cogen vigorosamente la mano del imprudente que trata de violar su domicilio, y algunas veces causan daño, aunque en general el perjuicio es mas aparente que real. Habitualmente se levanta la roca, ó bien si su forma pone

un obstáculo absoluto, se obliga á la langosta á salir fuera metiendo una varita y pinchándola. Hay tambien el recurso de envolverse la mano en un pedazo de lienzo; pero el pescador viejo desdeña esta operacion y á mano descubierta ataca á su enemigo. Verdad es que aquella mano enducida por el trabajo y el aire del mar, tiene como una cubierta de cuero que puede desafiar las picaduras de la langosta.

Cuando una persona nueva en este ejercicio, asiste por primera vez á esta pesca, se divierten los pescadores en exponerle á que caiga en las garras del crustáceo descubierto en su retiro, y aguardan con impaciencia el grito mas de terror que de dolor que da el pobre diablo, al sentir cogida su mano por las dos tenazas de la langosta. Estos incidentes, de que su víctima concluye por reirse, sirven durante dos ó tres meses para hacerles reir á cuenta de sus compañeros inespertos.

En resumen, esta pesca de baja mar es mas bien de placer que una pesca seria, aunque su resultado sea considerable, sino en calidad, al menos en cantidad. Yo mismo paseando una mañana en el Havre y siguiendo las aguas que se iban retirando en una de las mareas mas pronunciadas de setiembre, ví coger delante de mí á un pobre hombre que iba en mi misma direccion, un magnifico rodaballo de mas de ocho libras que habia quedado en seco en un pequeño charco que habian dejado las aguas al retirarse.

ANTONIO HERRERIN.

EL ARGONAUTA.

El hombre vive sedentariamente, y se agita en la tierra que le ha visto nacer. La ama y con frecuencia muere de pesar cuando se le transporta á una tierra estraña.

Si en nuestra especie se ven individuos abandonar voluntariamente la cuna de su infancia para ir á recorrer lejanas comarcas, esos viajeros son otras tantas escepciones de la regla general.

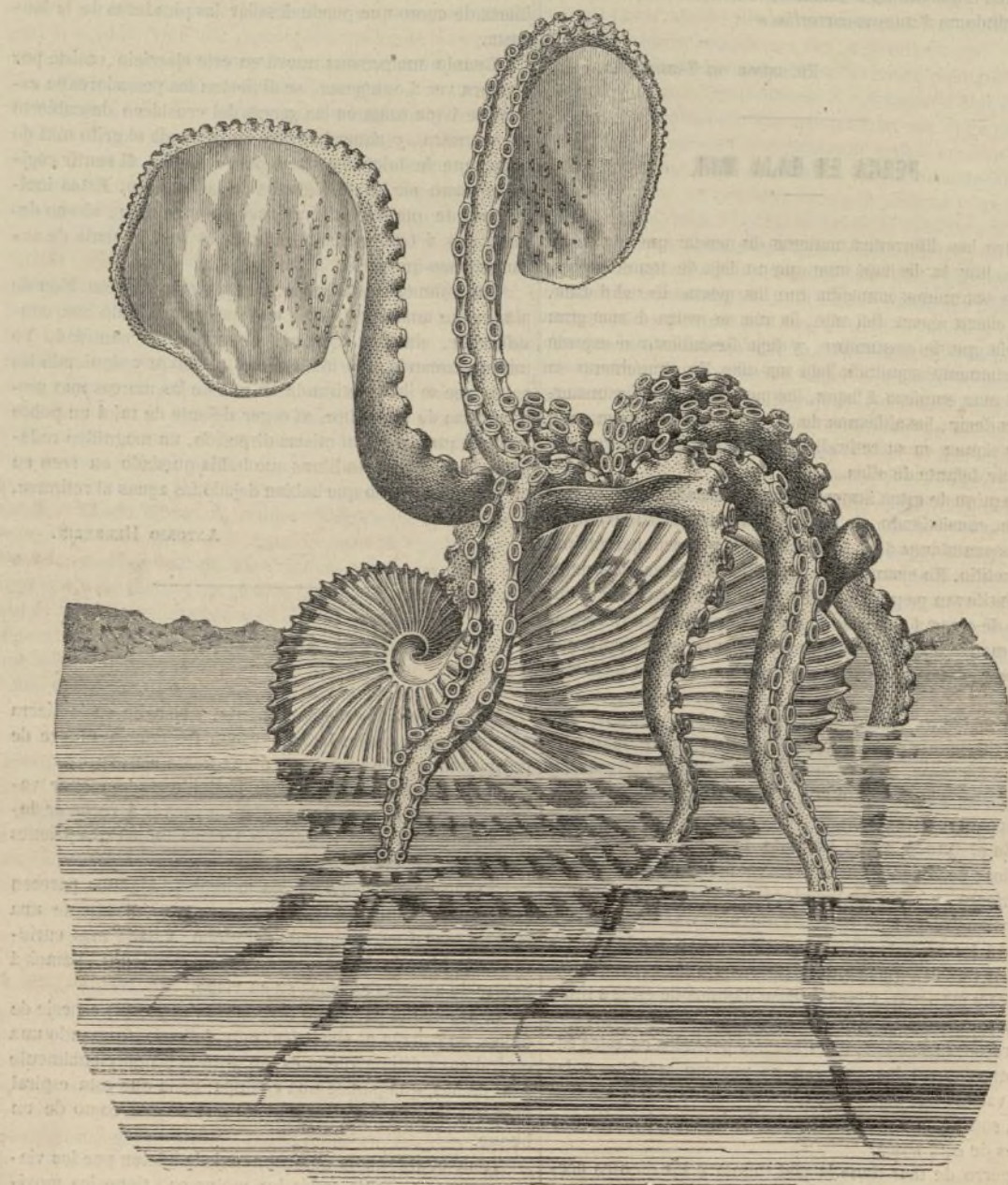
No sucede lo mismo en los animales. Algunos parecen espresamente creados para recorrer periódicamente una porcion mas ó menos grande del globo, y nada mas curioso que la historia de estas anuales emigraciones. Vamos á hablar de algunas especies en su viaje.

El argonauta papiráceo (*argonauta argo*, L.) especie de pulpo. Su concha es simétrica, muy delicada, formando una espiral cuya última vuelta es tan grande proporcionalmente á las demas, que parece una chalupa, de la que esta espiral formaria la cofa. Asi el animal se sirve de ella como de un buque.

Tiene el argonauta una pronunciada aficion por los viajes; empero es como todos los moluscos, tiene los movimientos lentos, y necesitaria dias enteros para recorrer un pequenísimo espacio si se limitase á marchar ó á caminar como los demas animales de su clase. Cuando el mar está tranquilo y sereno el cielo, sube á la superficie del mar y vacía su concha del agua que puede contener, lo que le vuelve bastante ligero para flotar sobre las olas cual una navecilla. Entonces desarrolla seis de sus brazos ó tentácu-

los, y los estiende fuera sobre los costados de su embarcacion como unos remos, cuyo oficio hacen. Levanta otros dos brazos muy anchos y membranosos, y los espone al viento cual dos velas, cuyo lugar desempeñando boga así, mientras le gusta navegar, dirigiéndose donde quiere por medio

de sus remos que reemplazan ventajosamente el timon. Si se agitan las olas, si se anuncia alguna tempestad, ó el argonauta sospecha algun peligro, plega sus velas y las salva en su embarcacion, así como sus remos: despues por un brusco movimiento sumerge su navecilla, y baja al fondo donde se



El argonauta.

abrige sobre la arena entre las rocas. Allí permanece hasta que pasa la tempestad ó el peligro, y no vuelve á comenzar su navegacion sino cuando el cielo y el viento le son favorables.

Cuando se embarcaban nuestros padres para un viage

largo, no era solo por temor á las tempestades y á los naufragios por lo que se dirigian sus votos á la Virgen, sino tambien por temor á lo que llamaban la *rémora*. Este terrible animal, cuando encontraba un buque en plena mar se agarraba y adheria á sus costados ó á su quilla, y por